

## **EL CRISTO INVISIBLE.**

Desde que el Señor me llamó a este santo ministerio del apostolado, he podido darme cuenta que hay un mensaje central que insistentemente Dios me ha puesto para predicar, esto es: estar en Cristo y conocerlo a Él; de eso depende que nosotros triunfemos o fracasemos en nuestra caminata cristiana.

Dice Hechos 1:1 ***“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, v:2 hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; v:3 a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios”.***

Dice el v:3 que el Señor se les apareció a los discípulos durante cuarenta días, vivo y con muchas pruebas indubitables de su resurrección. ¿Por qué el Señor no se fue directo al cielo y por medio de la revelación le dijo a los discípulos que Él estaba resucitado y ascendido? Yo creo que los discípulos de igual manera hubieran creído que Él había resucitado y ascendido. ¿Cuál fue entonces la razón por la cual el Señor se quedó con ellos físicamente durante ese tiempo? En realidad muchas de las cosas que el Señor les dio a los apóstoles como fundamento para establecer la Iglesia, se las fue revelando progresivamente; tanto así que en Hechos 15 ellos aceptaron por revelación, que los gentiles también tenían parte en este misterio que es Cristo y la Iglesia. A esas alturas habían muchos que creían que el Nuevo Pacto seguía siendo solo para los judíos, pero la revelación les mostró que de ambos pueblos el Señor hizo un solo y nuevo hombre.

Yo veo dos razones de peso porqué el Señor se quedó con ellos durante cuarenta días.

- 1) El Señor les habló en ese tiempo lo concerniente al Reino de Dios. Los discípulos tenían que entender lo que sería en el Nuevo Pacto el Reino de Dios. En el Antiguo Pacto el Reino de Dios consistía en una nación, en una raza, y en una religión que se basaba en la Ley de Moisés. El Señor tenía que explicarles que Israel ya no sería la plataforma en la cual Dios desarrollaba Su Plan. Esta capacitación les dio a los apóstoles la facultad de explicar, enseñar y edificar a los creyentes de Nuevo Pacto en lo concerniente al Reino de Dios.
- 2) El Señor también se presentó con pruebas convincentes de que estaba vivo (a Sus discípulos), porque no quería que la última imagen que recordaran de Él fuera la del Cristo crucificado. El Señor necesitaba que los discípulos tuvieran tal certeza de que había resucitado, por lo tanto, se les apareció durante cuarenta días para que no pensarán que su aparición había sido un sueño, o una visión, sino que estuvieran seguros que Él estaba vivo. Una de las apariciones más impresionantes del Señor en aquellos días es la que narra el Evangelio de Juan, pues dice que *cuando ya iba amaneciendo, se les presentó en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar... Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: “Traed de los peces que acabáis de pescar... Venid, comed”. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos (Juan 21:4-15).* Fue impactante el hecho de que el Señor haya comido con ellos, porque

eso no dio lugar a dudas de que tenían enfrente a un ser vivo. El Señor les dio muchas pruebas de que Él había resucitado para que sus enseñanzas no estuvieran fundamentadas en los recuerdos de un gran hombre de Dios, sino en un Cristo viviente.

Ahora bien, el punto que quisiera remarcar en esta ocasión es lo que dice *Hechos 1:3* que el Señor “se les aparecía”, es decir, no estuvo de continuo con ellos los cuarenta días, sino que solo se les manifestó en algunos momentos. El estado del Señor en ese tiempo era “Invisible”, es decir, ellos no lo miraban todo el tiempo, sólo en algunos momentos se hizo visible. El Señor también quería que ellos se convencieran de que ahora en adelante, de manera normal, Él iba a ser invisible a los ojos humanos. Si esto no hubiera sido así, la ascensión del Señor hubiera sido más frustrante que Su misma muerte. Imagínese que alguien pierde a un ser querido, pasan los días, lo llora, siente dolor por la pérdida, pero logra superar ese dolor crónico. A los días resulta que el ser querido ha vuelto a la vida; seguramente ellos se gozarán de estar juntos nuevamente. Al año siguiente el ser querido que ya había muerto una vez, se vuelve a morir una segunda vez; sin lugar a dudas, el postrer estado viene a ser peor que el primero, pues, ya se había resignado la primera vez que había perdido a esa persona, pero ahora tiene que llorarlo nuevamente. Este no fue el caso del Señor en esos cuarenta días, más bien, Él les evidenció que sería Invisible.

El Señor se les apareció y se les desapareció a los discípulos durante cuarenta días previos a Su ascensión, precisamente, para que tuvieran claro este punto. En *Lucas 24:15, 31* vemos que Jesús se les apareció a los dos discípulos que iban camino a Emaús, caminó con ellos, se sentó a la mesa, les partió el pan, pero cuando ellos lo reconocieron se les desapareció inmediatamente.

Quizás la mayoría creemos que el Señor estuvo durante cuarenta días con los discípulos pero sólo en algunos momentos se les desaparecía, sin embargo, la experiencia que ellos tuvieron fue lo contrario, el Señor se les apareció sólo en algunos momentos. El milagro que pasó en esos cuarenta días fueron las apariciones repentinas del Señor mientras ellos estaban reunidos. Dice *1 Corintios 15:45* **“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante”**. Cristo resucitó con un cuerpo espiritual, es decir, con un cuerpo que no es visible de manera normal en la dimensión terrenal. Hay cuerpos terrenales y hay cuerpos celestiales. El Señor Jesús tiene un cuerpo apto para el plano celestial, lo cual para nosotros es invisible. Si tuviéramos la oportunidad de ir a la esfera celestial, viéramos al Señor Jesús con una forma definida, pues, esa esfera es real, sólo que es diferente a la terrenal.

El Señor planificó estos cuarenta días para que los apóstoles supieran que ya no estaría más con ellos un Cristo con cuerpo terrenal. Pero también propició este tiempo para que ellos no desencarnaran a Cristo definitivamente, sino que siempre lo personificaran, y el Evangelio consistiera, precisamente, en presentar a Cristo en su nueva dimensión. Los apóstoles no debían predicar a Cristo como el recuerdo de un gran hombre de Dios que alguna vez estuvo vivo, sino de un Cristo que estaba vivo y que ahora habita en un cuerpo celestial.

Era necesario que los apóstoles tuvieran conciencia del cambio de dimensión que el Señor había experimentado. Ninguno de nosotros podría tener tal conocimiento que tuvieron los apóstoles del Señor mientras Él estuvo en la tierra; ellos lo vieron y lo palparon físicamente, cosa que ninguno de nosotros pudiéramos hacer. Pero aun ellos se hubieran visto carentes de la revelación si no hubieran visto a Cristo apareciéndoseles durante esos cuarenta días, porque lo hubieran predicado como un recuerdo. También lo hubieran podido predicar por revelación, sin verlo de manera corpórea, pero el Señor quiso aparecérseles indubitavelmente para que ellos atestiguaran que él había resucitado, que lo vieron y lo palparon como lo hizo Tomás, que aun tocó sus heridas.

En esos cuarenta días el Señor quería que los discípulos tuvieran claro que Él ya no iba a habitar en un cuerpo de carne como en el que había habitado por treinta y tres años y medio, sino que ahora Él moraba en un cuerpo celestial, invisible, pero que estaría más cerca de ellos que nunca. El Señor prometió que vendría como el Espíritu Santo que está en cada uno de nosotros, Él es el Espíritu vivificante que nos ha sido dado desde el día que creímos al Evangelio.

El ministerio de los apóstoles básicamente consistió en dar testimonio de la resurrección del Señor y de la manera en la que lo podemos encontrar ahora, es decir, como un Cristo personificado. Los apóstoles lograron captar en esos cuarenta días que el Señor se les estaba mostrando en una dimensión más profunda y más hermosa. Ellos entendieron las palabras que el Señor les dijo en los días de Su ministerio en la tierra: ***“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”*** (Juan 16:7). El Consolador que habría de venir era Cristo mismo, sólo que al venir como Espíritu ya no tendrían necesidad de irlo a buscar, sino que estaría siempre con ellos. El Señor quería que ellos supieran que Él no iba a ser sólo un asunto místico, sino que era una persona que caminaría y estaría siempre con ellos.

La gran diferencia entre nuestro Evangelio hoy en día y el que tuvieron los apóstoles es, que nosotros lo conceptualizamos, mientras que ellos lo personificaron. Ellos predicaban y enseñaban con la vivencia de un Cristo resucitado, que estaba con ellos siempre. Para los apóstoles Cristo no fue una percepción de sensaciones, o un cúmulo de conocimiento, sino una persona con la cual podían compartir todo el tiempo. El Evangelio apostólico se perdió a lo largo de la historia, y por esa razón también se perdió la práctica de la oración contemplativa, pues, esto implica estar en comunión con la persona del Señor. Las doctrinas se aprenden una vez y con eso basta, mientras que para conocer al Señor hay que estar con Él todo el tiempo. El Señor quiere ser nuestro vivir, nuestra experiencia, nuestra noticia, no un concepto que podamos aprender u olvidar.

La experiencia de la personificación del Evangelio es como el hecho de casarse; nadie considera estar casado sólo por haber firmado un documento, sino por convivir con la pareja. La convivencia del día a día es lo que le da realidad al matrimonio; lo mismo es el Evangelio, es tener comunión constante con el Señor. Los apóstoles jamás cambiaron Su Evangelio, ellos empezaron caminando con el Señor durante tres años y medio, y después de haber resucitado, durante cuarenta días entendieron la nueva dimensión en la que podían tener comunión con Él. Para los apóstoles nunca cambió la experiencia de estar en comunión con el Señor, sólo entendieron que debían hallarle en otra esfera porque Él se hizo invisible, pues, vino a habitar en un cuerpo celestial.

Desde hace años yo tomé la decisión de orar y leer la Biblia como que estuviera teniendo una conversación con el Señor, creyendo que Él estaba conmigo. Al principio creí que era una idea mía, sin embargo, a estas alturas que tengo el conocimiento amalgamado con la experiencia, me doy cuenta que el Señor es una persona. No estoy exagerando al decir esto, el Señor es una persona.

Los beneficios que obtendremos de tener tal comunión con Cristo, en primer lugar, es que no nos vamos a sentir solos. En realidad aun hasta estando casados hay muchos momentos en los que vivimos en soledad; pero el Señor quiere que experimentemos que Él está en nosotros y con nosotros. El Evangelio conceptualizado nos invita a leer la Biblia “solos”, si oramos casi creemos que estamos en una meditación; cuando deberíamos hacerlo creyendo que el Señor está con nosotros.

Entender la personificación del Evangelio es perseverar en la doctrina de los apóstoles, esto fue el meollo de la enseñanza apostólica. Esta era la razón por la cual el Señor se les presentó con pruebas indubitables de su resurrección, para que ellos predicaran con certeza que Cristo no se había desaparecido. Los apóstoles predicaban cómo el Señor se les apareció ya resucitado y que ese mismo Cristo no se fue, sino que regresó a nosotros y está con nosotros, pero es Invisible. Cristo no es una fuerza, no es una virtud divina, no es una unción, es una persona que habita en un cuerpo celeste.

En lo personal nunca he visto al Señor, pero tampoco tengo la curiosidad de verlo, la razón es que para mí, Él es tan real, que sé que es Invisible. Tal convicción es el sello de mi apostolado, por esto es que creo que tengo el llamamiento de apóstol. En cuanto a las doctrinas tenemos que reconocer que siempre seremos imperfectos, por lo tanto, no podemos ponerlas como la base de nuestro Evangelio; ahora bien, tener tal convicción de un Evangelio personificado sí debe ser el fundamento de nuestra fe. Si nos ocupamos de volver a esta parte primigenia del Evangelio, las demás cosas doctrinales irán cayendo por su propio peso. Prueba de esto es que en los primeros años de Evangelio, los mismos apóstoles no tenían la total revelación de que esto era tanto para judíos como para gentiles, ellos se tardaron mucho tiempo para darse cuenta de esta doctrina inclusiva, pero recibieron la luz gradualmente.

Si vivimos tal realidad de estar en comunión con el Cristo Invisible, tendremos un Evangelio completo, aunque nos falte luz en muchas doctrinas. Para confirmar este pensamiento leamos los dos versos siguientes:

1 Corintios 13:12 ***“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido”.***

2 Timoteo 3:7 ***“Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad”.***

Al parecer ambos pasajes se contradicen, pero lo que quiso decirnos el apóstol Pablo es que en mucho sólo conocemos una parte (esto se refiere a todo lo doctrinal), pero hay una forma de llegar al pleno conocimiento de la verdad, y según Pablo esto es la personificación del Evangelio. Hoy por hoy nadie conoce toda la doctrina, pero sí podemos llegar al pleno conocimiento de la “verdad”, bajo el sentido de conocer la *“realidad de la persona de Jesús”*.

Hay varias facetas de conocer al Señor, debemos tener tal conciencia que Él es un ser que habita en nosotros y que está con nosotros tanto individual, como corporativamente.

Dice 1 Juan 1:1 ***“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida v:2 (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); v:3 lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos”.***

Si el mensaje de los apóstoles estaba basado en ver a Cristo, ¿cómo podemos tener autorización nosotros para predicarlo? Juan decía que ellos predicaban a Cristo, y que éste fue un hombre al que ellos vieron, tocaron y oyeron durante tres años y medio. La única manera para que nosotros podamos predicar a Cristo es que tengamos la misma experiencia que los apóstoles, el problema es que nosotros no lo hemos visto, ni lo hemos tocado, ni le hemos escuchado físicamente. Los doce apóstoles fueron los únicos que tuvieron la experiencia de haber vivido con el Señor mientras Él habitó en carne, y el tiempo en que Él resucitó y se les apareció vivo después de la resurrección; ni siquiera el apóstol Pablo llegó a esta experiencia. Yo jamás llegaré al nivel de experiencia que tuvieron los doce apóstoles, pero

sí puedo predicar al Cristo invisible que ellos predicaron. En realidad ellos no cambiaron su percepción de Cristo como persona, solamente descubrieron la nueva dimensión en la que Él estaba con ellos. Tampoco el Señor cambió con ellos, Él no los abandonó, solamente se hizo Invisible, pero mientras ellos se acostumbraban a esta experiencia, de vez en cuando se les aparecía vivo durante esos cuarenta días. Si esto no es nuestra experiencia en el Evangelio, estamos predicando cualquier otra cosa, menos a Cristo Jesús.